

## REVISIÓN

### DIÁLOGOS ENTRE FILOSOFÍA E HISTORIA: LUIS VILLORO, 1922-2014

---

Aurelia Valero Pie

*Universidad Nacional Autónoma de México*

Muévese [la filosofía] en un tipo de comunidad interpersonal que hace participar entre sí los individuos sin anular sus particularidades. Por eso sus creaciones no son nunca útiles o instrumentos, sino objetos de comunión entre personas; por eso también toda filosofía auténticamente salvadora es comunicación, es diálogo.

LUIS VILLORO, 1947

Un diálogo auténtico no termina nunca. Puede aplazarse, suspenderse o incluso olvidarse, sin que el sentido, una vez convocado, llegue en algún momento a agotarse. Gran conversador fue, desde esa perspectiva, el filósofo Luis Villoro. Desde el mirador de su propia disciplina y a lo largo de 91 años, observó e interrogó con agudeza al hombre y sus problemas, a las ideas y sus manifestaciones concretas. “Nada importa la letra sino el verbo”, afirmó en su juventud, dejando de este modo constancia de las fuerzas que impulsaron

un comprometido intercambio.<sup>1</sup> Quienes han seguido su trayectoria desde aquellos días tempranos saben que, entre los numerosos interlocutores que escuchó e interpeló, a la historia corresponde un papel destacado. Así al menos lo asentó el mismo Villoro, al recordar en retrospectiva su encuentro inaugural con las voces del pasado:

Creo que la historia fue para mí primero, aunque entonces no me diera cuenta, la posibilidad de que cobrara realidad un mundo otro, análogo al mío, pero pleno de sentido. [...] Que esa posibilidad otra fuera real, que su existencia pudiera comprobarse con seguridad era la garantía de que la vida podía ser distinta. Descubrir una posibilidad realizada, en la cual reconocernos, ¿no es una función que sólo puede cumplir la historia?<sup>2</sup>

Entendida como el sustrato de la experiencia y como un horizonte para la reflexión, la historia le mostró el rostro de la alteridad, en cuyas pupilas encontró refractados los contornos de su propia imagen. En ese juego de luces y reflejos, no tardó en darse cuenta de que no hay ojo sin dueño, ni dueño sin nombre y que en esa conjunción de miradas, tan concretas como humanas, tan cambiantes como definitorias, se van urdiendo los significados del ayer. Disipar las ilusiones de objetividad e invitar a reconocer que la función del saber histórico se dirime en el presente, constituyeron dos ejes principales de su magistral coloquio entre la filosofía y la historia.

---

<sup>1</sup> Luis VILLORO, “Una polémica de Antonio Caso contra el neokantismo”, en *Revista Mexicana de Cultura* (30 mayo 1948), p. 1.

<sup>2</sup> Luis Villoro en MEYER, *Egohistorias*, pp. 191-192.

¿Cómo comenzó ese diálogo? Al decir de Villoro, las palabras iniciales se cruzaron con el Valle del Nilo como tema y fondo. La obra de Guillermo Oncken, *Historia del Antiguo Egipto*, fue la vía elegida para seguir las huellas de un universo a la vez posible y hasta entonces inimaginado. Otras lecturas se sumaron poco a poco al repertorio. Autores como Julio César, Bernal Díaz, Edward Gibbon y Jules Michelet le ofrecieron unas tan clásicas como seguras coordenadas de exploración, si bien no fue sino hasta años más tarde cuando aquel atento aprendiz empezó a dibujar las líneas que convirtieron su camino en singular e irreplicable. Los principales rasgos de la ruta son de sobra conocidos. El encuentro con José Gaos, “único maestro” que destacaba “sobre un mar de mediocridad”, resultó decisivo en ese cambio de rumbo. Ello se debía, rememoró el alumno, a que “sus clases eran un llamado al rigor y a la autenticidad; sus opciones filosóficas, la fenomenología justamente, y el existencialismo; sus orientaciones de trabajo, ir con el pensamiento a la realidad [...] y la realidad es historia”.<sup>3</sup> No podía ser de otra forma, si se considera que la filosofía constituía, para el profesor “transterrado”, una meditación sobre el hombre concreto, anclado en su circunstancia. A semejanza de José Ortega y Gasset, a lo largo de su trayectoria Gaos tampoco olvidó nunca subrayar, de viva voz y por escrito, la naturaleza histórica que caracteriza la razón. Filosofía e historia se presentaron así como dos caras de una misma moneda, cuya unidad sólo alcanzaba a obviarse o a desagregarse por medio de los ejercicios operados a partir de la abstracción.

---

<sup>3</sup> Luis Villoro en MEYER, *Egohistorias*, p. 193.

Percibir la tesitura temporal inscrita en lo observable representó, por lo tanto, una lección extraída de aquel paso por las aulas. Pero no menos lo fue, tal como afirmó el maestro, que “el pasado no es una realidad acabada, completa, sino que van acabando, que van completando los sucesivos presentes”.<sup>4</sup> Esa doble enseñanza, punto de engarce entre saberes, experiencias y temporalidades, encontró un cauce a la medida en la primera obra de Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo*, tesis de grado aparecida como libro en 1950. El contexto difícilmente podía resultar más propicio para poner en circulación unas páginas concebidas al calor del diálogo interdisciplinario. Según advirtió Bernabé Navarro, se transitaba entonces por una etapa de auge en lo que él mismo denominó “la historización de nuestra filosofía”. Con ese calificativo apuntaba a una toma de conciencia “ligada, en los mexicanos y americanos, con la intención de realizarse más plena y elevadamente, de manera que nuestro pasado filosófico nos ofrezca cuanto posee de excelente para tal fin”.<sup>5</sup> La multiplicación de seminarios, como los que impartían desde 1940 Gabriel Méndez Plancarte, Oswaldo Robles y José Gaos, constituían un signo incontrovertible de los aires nuevos que corrían, pero no menos reveladores resultaban ciertos estudios históricos como aquellos que en años recientes Antonio Caso y Samuel Ramos habían dado a la imprenta. Los más jóvenes no se quedaron al margen del proceso. Por el contrario, señaló Navarro, el interés por conocer el legado intelectual, tanto el cercano como el remoto, “puede considerarse manifestado en esa recién-

---

<sup>4</sup> GAOS, “La decadencia” (1946), p. 477. Cursivas en el original.

<sup>5</sup> NAVARRO, “La historización de nuestra filosofía” (1949), p. 263.

te búsqueda del mexicano y de lo mexicano, aun en la cultura profunda, en la filosofía, y aun por senderos imposibles y equivocados —a nuestro modo de ver—, como la ontología”.<sup>6</sup>

La alusión era diáfana y remitía a los esfuerzos que emprendieron varios jóvenes universitarios por develar las particularidades y la complejidad del ser nacional. En su mayoría formados bajo el magisterio de José Gaos y de Juan David García Bacca, esos estudiantes procuraron prestar a su pensamiento una forma autónoma y un alcance preciso, es decir, “una filosofía auténtica, dirigida a pensar en lo concreto los problemas universales de la filosofía”.<sup>7</sup> En la mente de algunos, esto se tradujo en ejercicios de corte fenomenológico sobre el mexicano y la mexicanidad, mientras que otros pretendieron reivindicar la riqueza y la originalidad de los productos filosóficos forjados en nuestra región. El resultado fue, en opinión de Villoro, “un momento fulgurante”, un “acontecer fugaz, de brillo inusitado, llamada de inteligencia que no volvería a repetirse”.<sup>8</sup> Sus palabras apenas parecen excesivas, en particular si se recuerda que entre 1948 y 1952 el Hiperión, nombre con que se conoce a ese grupo de estudiosos, logró definir la agenda intelectual y reunir en torno suyo a numerosas personalidades de la escena cultural.<sup>9</sup> Con el liderazgo de Leopoldo Zea y la cáustica lucidez

<sup>6</sup> NAVARRO, “La historización de nuestra filosofía”, pp. 263-264.

<sup>7</sup> Luis Villoro en MEYER, *Egohistorias*, p. 193.

<sup>8</sup> VILLORO, “Emilio Uranga”, p. 119.

<sup>9</sup> Además del propio Villoro, a esta agrupación pertenecieron Emilio Uranga, Jorge Portilla, Joaquín Sánchez Macgrégor, Salvador Reyes Nevares, Fausto Vega y Leopoldo Zea. Para conocer sus principales propuestas, así como los pormenores de sus respectivas trayectorias durante esta etapa, es posible consultar el brillante trabajo de SANTOS, “Los hijos de los dioses”. Igualmente imprescindible resulta la antología de textos que

de Emilio Uranga, los autodenominados hijos del cielo y la tierra se entregaron a una reflexión que exigía, para brindar sustento a un proceso de autocomprensión, partir del presente y remontar al pasado. Y a la inversa. Como parte de aquellos intereses e imperativos, explicó Villoro a la distancia, “el tema de ‘lo mexicano’ fue una manera circunstancial de expresar ese intento. Pensar lo concreto; pero lo concreto es histórico. Por segunda vez, por un sesgo distinto, se me hacía presente la historia”.<sup>10</sup>

El llamado a dar cuenta de la triple dimensión temporal no se limitó a las consignas, sino que en su caso adquirió un contenido muy específico. A diferencia de sus compañeros de ruta, enfrascados en descripciones caracterológicas con el propósito de hallar, en la multiplicidad, una estructura invariable y universal, Villoro se abocó al análisis de ciertas creencias básicas, determinantes para el tipo de relaciones entabladas con el mundo y en las formas de convivencia. Con la finalidad de contribuir a formular una filosofía de la cultura, sus reflexiones se centraron en un sujeto límite, a la vez frontera de la experiencia en común y punto de confluencia de los más diversos sondeos y apreciaciones. El indígena, concebido como ese otro al que miramos sin ver y al que escrutamos sin realmente entender, se convirtió de este modo en una llave interpretativa y en un observatorio privilegiado para identificar algunas claves explicativas de la configuración nacional.

---

preparó Guillermo Hurtado, junto con la esclarecedora introducción que precede el volumen. HURTADO, *El Hiperión*.

<sup>10</sup> Luis Villoro en MEYER, *Egohistorias*, p. 193.

A lo largo de toda nuestra historia –precisó en una entrevista–, desde Cortés y Sahagún hasta nuestros días, lo indígena ha preocupado hondamente al mexicano. [...] Pero aún no hemos preguntado a qué causas profundas obedece esta preocupación. Es evidente que si el mexicano se ha visto atraído constantemente por el indio, esto debe obedecer a alguna necesidad vital, profunda, de su ser.<sup>11</sup>

Responder a esa interrogante, de tal manera que se revelaran los impulsos, aspiraciones y necesidades que impelían a formularla una y otra vez, fue el cometido explícito de *Los grandes momentos del indigenismo*. Sin embargo, mucho más que en ese punto de partida, la particularidad del enfoque reside en que Villoro, lejos de tomar al indígena como objeto, decidió examinar algunos relatos y estudios emblemáticos que habían desempeñado esta labor en el pasado. Mediante esa operación, además de evitar la proyección de sus propias concepciones sobre quienes ocupaban el centro de la discusión, presentaba una propuesta que la antropología no dejaría de confirmar en años posteriores, a saber, que las categorías del indio y de lo indígena son construcciones fabricadas a la distancia, desde una posición exógena y nunca exenta de extrañeza. “El indio –escribió– queda plasmado en distintas formas según sea el grupo que solicite su ayuda. Le aderezan desde fuera, desde fuera lo arreglan, lo presentan, le hacen decir discursos y representar papeles”.<sup>12</sup> De ahí

---

<sup>11</sup> Guadalupe RUBENS, “El indio en la cultura mexicana. Entrevista con Luis Villoro”, en *México en la Cultura* (23 oct. 1949), p. 3.

<sup>12</sup> VILLOORO, *Los grandes momentos*, p. 241. En las últimas páginas del libro, afirma el autor: “Lo indígena aparece, ante todo, como una realidad siempre revelada y nunca revelante. Ante él se erigen en ‘instancias’

que analizar el funcionamiento de esa lógica de la enunciación, capaz de convencer sobre la realidad empírica de sus objetos, constituyera el camino elegido para analizar y cuestionar los fundamentos de una eficaz retórica de la alteridad.

A detalle y con sistema, línea a línea Villoro desmenuzó algunos escritos en que, desde la Conquista y hasta la edad contemporánea, españoles, criollos y mestizos habían discurrido sobre el tema. Las páginas dedicadas a fray Bernardino de Sahagún se encuentran, desde esa perspectiva, entre las mejor logradas, dado que en ellas apunta con claridad hacia los mecanismos que empleó el franciscano para hacer del indio una entidad inteligible. Inversión, comparación y analogías sirvieron para sustentar un amplio proceso de traducción, donde lo europeo prestó un glosario de significados susceptibles de infundir sentido a un mundo hasta entonces insignificante. Tal es, quizás, la única experiencia al alcance, de ser verdad, como afirmaba Platón, que el otro absoluto es impensable: la diferencia sólo puede captarse cuando se ciñe a las reglas de la identidad que establece la razón.<sup>13</sup> Ahora bien y con independencia de su funcionamiento específico, lo más destacado de aquellas figuras retóricas reside en que cada una erige al propio yo (o al nosotros) como punto de referencia. De este modo se instituyen tanto las condiciones que permiten construir el relato como las reglas con que se fabrica al otro. Sólo al llegar al final del camino es posible nombrar y clasificar, es decir, comprender. No obstante, al reconocer el fracaso de esos esfuerzos de apropiación, esto es, el inten-

---

europeo, criollo y mestizo; pero él, a su vez, nunca toma ese papel. [...] Así, hablamos del indio, lo medimos y juzgamos, pero no nos sentimos ni medidos ni juzgados por él". VILLORO, *Los grandes momentos*, p. 240.

<sup>13</sup> PLATÓN, "Parménides".

to por asimilar lo extraño en beneficio de lo propio, Villoro puso al descubierto un límite de la cognición. “Y es que no acierta el hombre, perplejo, a captar en un nítido perfil el ser indígena –escribió en el cierre del pasaje–. Su imagen se desdibuja, su ser es oscilante y borroso; late el misterio detrás de sus pupilas y en cada recodo de su mundo aparece, oculto, el enigmático signo de su rostro a doble faz”.<sup>14</sup>

Evocar la mirada que nos elude una y otra vez no parece en modo alguno una coincidencia. Por el contrario, esa imagen confirma que al buscar entender cómo se habían configurado las percepciones en torno al indígena, Villoro planteó los rudimentos de una teoría de la observación, una que se interesa no sólo por aquello que se ve –el qué de la mirada–, sino por cómo se ve desde un mirador en específico. A la luz del devenir histórico, en efecto, consiguió identificar “un constante proceso de conceptualización, en el doble sentido que tiene este término en castellano: como elevación del mundo indígena a conceptos y como valoración del mismo”.<sup>15</sup> Tanto los esquemas de la época como el armazón dialéctico con que encuadró la obra no permitieron que ésta trascendiera el campo teórico y semántico de la conciencia, si bien este ámbito no se redujo a su acepción más estrecha. Al remitir a ciertas “categorías mentales” –bastante afines, por cierto, al “utillaje” del que había hablado hacía poco tiempo Lucien Febvre–, su estudio daba cuenta del sustrato social que subyace en las ideas y las creencias presentes en épocas distintas. Por ello y sin dejar de reconocer el carácter singular que correspondía a cada texto examinado, advertía que su inte-

---

<sup>14</sup> VILLORO, *Los grandes momentos*, p. 91.

<sup>15</sup> VILLORO, *Los grandes momentos*, p. 15.

rés radicaba en “las características fundamentales que debemos suponer necesariamente en la conciencia histórica del autor para que pueda originarse ese indigenismo peculiar y no otro cualquiera”.<sup>16</sup> Restituir la estructura mental y conceptual prevalente en cada tiempo y espacio constituía una labor de la historia de las ideas.

Practicada en el mundo anglosajón desde los años veinte y en nuestro país a partir de un par de décadas después, la historia de las ideas se iba abriendo una vía que la convertiría, hacia mediados del siglo anterior, en “la reina de las disciplinas históricas”, según la expresión de Robert Darnton.<sup>17</sup> A alcanzar ese prestigio contribuyó el interés por entender los vínculos entre la teoría y la acción, por conocer las formas locales del pensamiento y, quizás también, por penetrar los secretos de más de una mente privilegiada. Sin duda no menos atractiva resultaba la reflexión constante sobre sus premisas de base, la elaboración de métodos novedosos y la formulación de distintos conceptos en tanto herramientas para la investigación. Sin embargo, las limitaciones del enfoque se hicieron igualmente evidentes desde los primeros días, al repararse en la tendencia a reducir el estudio al simple análisis de textos y a examinar las ideas sin prestar atención a su contexto ni al lugar de la enunciación. En nada ayudaba, desde luego, cierto sesgo elitista implícito en su objeto, en particular ahí donde la indagación se reducía a los grandes hombres de las ciencias y las letras. Contra esas inclinaciones muy pronto se pronunció el propio Villoro, al advertir los peligros que acechaban a la disciplina.

---

<sup>16</sup> VILLORO, *Los grandes momentos*, p. 16.

<sup>17</sup> DARNTON, “Historia intelectual”, p. 203.

Es menester insistir –apuntó en un ensayo publicado en 1966– en el enlace de la historia de las ideas con el estudio de la sociedad en que surgieron. Las ideas no son entes abstractos que flotarían en algún vacío del espíritu; no son objeto de una historia separada. La historia del pensamiento es una parte de la única historia global de la sociedad que lo produce; sólo puede tener sentido si las ideas se estudian como expresiones e instrumentos utilizados por hombres concretos en determinadas situaciones reales.<sup>18</sup>

La necesidad de tomar en cargo las exigencias teóricas y metodológicas de esa rama del saber se hacía de este modo presente en su reflexión. Esto suponía dar cuenta, no sólo del contexto local de las ideas, sino del marco internacional que también las produce y posibilita en cada momento. A semejanza de la invitación que por esos años extendían los historiadores vinculados con los grandes andamiajes de la sociedad, fueran estos mentalidades o infraestructuras, igualmente sugería complementar los trabajos centrados en la llamada alta cultura con el estudio de los “amplios grupos sociales”, aquellos que brindan “una verdadera tónica a una época”. Únicamente así podría responderse a los retos que planteaba el nuevo orden del conocimiento y todo ello sin olvidar la indispensable interlocución entre distintas disciplinas. La naturaleza misma de sus objetos así lo requería, dado que, puntualizó, “toda circunstancia humana es histórica y cualquier intento por reflexionar sobre ella debía conducir a un estrecho maridaje entre los métodos de la filosofía y de la historia”.<sup>19</sup>

---

<sup>18</sup> VILLORO, “Historia de las ideas”, p. 166.

<sup>19</sup> VILLORO, “Historia de las ideas”, pp. 162 y 166. Es de señalar, sin

Tanto el diagnóstico como las soluciones propuestas eran una muestra de la experiencia acumulada en el cultivo de la historia de las ideas durante el último par de décadas. Al ensayo sobre el indigenismo no había tardado en sumarse, en efecto, otro más sobre la revolución de independencia, libro en que se esforzó por seguir ahondando en los procesos que permitieron, a diferentes velocidades y tempos, ir modelando la identidad nacional. Aunque originada en el azar de un encargo fortuito, la escritura de esa obra no podía verificarse, a juicio de Villoro, en mejores circunstancias, dado que el proyecto se ceñía de manera ajustada al programa teórico que el grupo Hiperión planteaba por esos años. Según la opinión que vertió en un ensayo autobiográfico, la guerra iniciada en 1810 representaba “el momento histórico en que el país (su sector criollo, al menos) dibuja su propia imagen, aquella en la que elige reconocerse”. Las posibilidades de carácter teórico que entrañaba ese capítulo central en la historia mexicana no eran, por lo demás, en modo alguno despreciables, puesto que, inquirió, “¿qué ocasión más singular para examinar en lo concreto cómo la razón se ejerce en la acción colectiva?”.<sup>20</sup>

Las páginas resultantes muestran que no desaproveché la oportunidad que se le brindaba y tanto así que sus aportacio-

---

embargo, que Villoro mantuvo muy en claro los límites y las distinciones entre ambas disciplinas, como al señalar, en algún otro ensayo, que “con ello no pedimos que hagan filosofía. Quien tal pensara sólo demostraría tener una pobre idea del historiador, al reducirlo al papel de simple técnico o ingenuo narrador. Al historiador compete reflexionar sobre los fundamentos y fines humanos de su ciencia”. VILLORO, “La tarea del historiador”, p. 339.

<sup>20</sup> Luis Villoro en MEYER, *Egohistorias*, p. 195.

nes han sido resaltadas por más de un especialista en el periodo. Alfredo Ávila y María José Garrido Asperó, en especial, han subrayado el acierto que supuso distinguir una pluralidad de intereses, alianzas y estratos, ahí donde la historiografía más convencional sólo veía un conflicto entre criollos y peninsulares. Y aunque quedó en pie la categoría de “pueblo”, en tanto término englobante de unas masas populares muy poco homogéneas, la división en cuatro clases sociales permitió vislumbrar la complejidad inherente a esa sociedad en transición. Igualmente notable fue su habilidad para percibir, con la soltura de una mirada a la vez desprejuiciada y fresca, la incidencia de la tradición católica y del pensamiento jurídico hispano en el movimiento independentista. Apuntar que el constitucionalismo histórico y el experimento gaditano se situaron por encima de las ideas liberales e ilustradas al momento de llamar a la emancipación fue, en ese sentido, una de las observaciones que más contribuyeron a afinar las interpretaciones sobre el tema.<sup>21</sup>

En vista de la formación y capacidad intelectual del autor, apenas sorprende que las reflexiones filosóficas que acompañan el conjunto sean igual o más ricas que las consideraciones de orden factual. Esa característica aparece desde los primeros párrafos de la obra, en donde Villoro señaló que “el acontecer histórico nada tiene que ver con el transcurrir natural; se funda en el despliegue temporal de la existencia y no en la medida del tiempo del mundo”.<sup>22</sup> Distinguir los

---

<sup>21</sup> ÁVILA Y GARRIDO ASPERÓ, “Temporalidad e independencia”, pp. 79-87. En FLORESCANO, “Luis Villoro, historiador” se destacan algunas otras novedades y contribuciones que *El proceso ideológico de la Revolución de Independencia* brindó a la historiografía sobre el tema.

<sup>22</sup> VILLORO, *El proceso ideológico*, p. 15.

estratos que articulan una experiencia regida por una lógica distinta a los engranajes del reloj constituye, de hecho, uno de los mayores atractivos de *El proceso ideológico de la Revolución de Independencia*, título que enmarcó esas páginas a partir de su segunda edición. El aliento existencialista que las inspira, tanto en la vertiente alemana como en la francesa, se advierte ya en ese postulado, como también lo hace la insistencia en estudiar al individuo en situación. Desde esa perspectiva, comprender al hombre en su singularidad implicaba calibrar el espectro de alternativas que ofrece una época, puesto que es en ese compás, justamente, donde puede medirse el ángulo de su libertad. El ejercicio que de ésta se hiciera dependería, por su parte, de la postura que cada uno guardara ante el mundo y, quizás también, de un proyecto de vida. De ahí que comenzar con la muy sartreana pregunta, “¿qué nos revela esta actitud?”, constituyera el método elegido para intentar comprender a los actores que poblaron el paisaje del ayer.<sup>23</sup>

Con ese enfoque y objetivos escrutó, entre otras, la participación de Miguel Hidalgo en distintos momentos de la lucha armada. Aunque ninguna etapa examinada carece de interés, las páginas en que analizó los testimonios vertidos durante los días previos al fusilamiento del cura merecen una mención aparte. Ello responde a que fue en ese pasaje donde halló, con particular destreza, una clave para descifrar los códigos profundos de sus motivaciones y conducta. Al descubrir, al filo de un análisis detenido, que las palabras asentadas en la causa judicial denotaban, no pesar ni arre-

---

<sup>23</sup> SARTRE, *El ser y la nada*, p. 32. Sobre este tema puede consultarse también VILLORO, “Motivos y justificación”.

pentimiento, sino un hondo remordimiento, Villoro buscó penetrar, no sólo en la conciencia del ya caído insurgente, sino en el campo cultural que la cimentaba y le prestaba un significado. “El *remordimiento* por las consecuencias efectivas, no queridas, de nuestras elecciones –afirmó–, supone una peculiar concepción del hombre y del acontecer histórico”. Esta entrañaba nada menos que la creencia en un juicio último, absoluto y definitivo, independiente, por lo mismo, de los avatares del tiempo y de los hombres. Ahora bien, puntualizó, dicha actitud “quizás sólo sea posible dentro de una vivencia de raigambre cristiana”.<sup>24</sup> El gesto más íntimo, aquel que se esgrime de cara ante la muerte, aparecía en estrecha trabazón con el mundo circundante. Además de colocar a Hidalgo bajo una luz inusual, se cumplía así el designio de mostrar la relación de mutua dependencia entre individuo y sociedad o, en palabras del autor, que “el ‘lugar’ de lo humano en la historia no podrá encontrarse fuera de los límites que le señala su *situación*”.<sup>25</sup>

Los beneficios de reconocer la naturaleza social en que se funda la experiencia no terminaron con el saber extraído a partir de aquel significativo episodio existencial. También se expresaron al momento de identificar las concepciones del tiempo que rigen la vida individual y colectiva. Un ejemplo de cómo se conjuga esa doble vertiente aparece en la decisión, intempestiva y temeraria, de convocar a la lucha armada, llamado que logró despertar una respuesta debido a que “comulgaba simultáneamente con el ímpetu terrible que sacude a todo el

---

<sup>24</sup> VILLORO, “Hidalgo”, p. 238. Cursivas en el original.

<sup>25</sup> VILLORO, *El proceso ideológico*, p. 15. Cursivas en el original.

pueblo”.<sup>26</sup> Ese impulso no tardaría en desembocar en la vorá-gine revolucionaria, a la vez causa y efecto de lo que Villoro denominó “instantaneísmo”. Por este término refería una actitud que consiste en dejar a un lado el proceso evolutivo para rendirse ante las exigencias de un “momento decisivo”, aquel “en que parece que el tiempo se detiene y la eternidad se alcanza”.<sup>27</sup> No todos, desde luego, quedaron prendados del instante. Tal como enseñó Karl Mannheim en *Ideología y utopía*, su más célebre obra, en el periodo de la insurgencia cada estrato económico y social privilegiaría, en función de sus respectivas esperanzas, aspiraciones y propósitos, una dimensión temporal igualmente distinta. De ahí que instantaneístas, futuristas y preteristas aparezcan en *El proceso ideológico de la Revolución de Independencia* como los protagonistas de una larga guerra fratricida en que, además de dominio político e intereses materiales, se jugaban su propio ser.<sup>28</sup> Y es que en el fondo todo proyecto de nación supone cierto sentido de orientación, así como una postura específica ante el devenir histórico, en que pasado, presente y futuro se entrelazan de modo tan desigual y variable como natural e inevitable.

---

<sup>26</sup> VILLOORO, *El proceso ideológico*, p. 77.

<sup>27</sup> VILLOORO, *El proceso ideológico*, p. 81.

<sup>28</sup> VILLOORO, *El proceso ideológico*, p. 16. Sobre el futurismo explicó en su obra lo siguiente: “Por paradójico que parezca, diremos que el insurgente repite el *futuro* del mundo precortesiano y no el *pasado* de la Colonia; porque vuelve a abrirse a lo que *pudo haber sido* América en aquel momento decisivo”. En cuanto a la última categoría, Villoro estableció una distinción entre preterismo estático y dinámico. Por el primero de estos términos entendía “las formas en que el pasado se conserva en el futuro”, mientras que con el segundo aludía a una etapa de madurez, esto es, “una lenta mutación en que el ayer alcanza su plenitud”. VILLOORO, *El proceso ideológico*, pp. 165, 186 y 209. Cursivas en el original.

En vista del estrecho vínculo con la construcción del nuevo Estado, apenas sorprende que las concepciones del tiempo hayan hallado un cauce propicio en el gesto de dilucidarla por escrito. Quienes en el siglo XIX se ocuparon de narrar la gesta nacionalista — en particular Carlos María Bustamante, Lucas Alamán y José María Luis Mora — no fueron ajenos a la idea del porvenir en tanto principio organizador de sus relatos. Así se entiende que los mismos acontecimientos se entrelazaran de modo distinto y llevaran a igualmente disímiles respuestas, se tratara de una crítica del utopismo, de un llamado al pasado o de una mirada esperanzada lanzada hacia el futuro.<sup>29</sup> No podía ser de otra forma, si se piensa, como lo hizo Villoro, que “los meros hechos ‘objetivos’ carecen, en cuanto tales, de estructuras significativas; es menester la actividad del historiador para despertarlas”. Esto respondía, apuntó a continuación, a que “los hechos históricos sólo son el sustrato de sentidos humanos, los cuales no son hechos sino intenciones que vinculan entre sí los hechos”.<sup>30</sup> En articular y hacer inteligibles lo que de otra forma no sería sino una acumulación de sucesos inconexos radicaba, por lo tanto, la función de la escritura historiográfica. Más aún, si convertir un acontecer inerte y amorfo en un discurso orientado representaba un rasgo constitutivo del hombre, traer a

---

<sup>29</sup> Como bien han resaltado Alfredo Ávila y María José Garrido Asperó, las coincidencias entre las reflexiones de Villoro y el análisis tropológico que llevaría a cabo décadas más tarde Hayden White, son evidentes. Ello responde a que ambos recuperan ciertos aspectos metodológicos de Mannheim, para quien “los acontecimientos que, a primera vista, se presentan como una mera acumulación cronológica cobran [...] un carácter de destino. Los simples hechos se sitúan dentro de una perspectiva y se subraya distintamente su significado”. MANNHEIM, *Ideología y utopía*, p. 287.

<sup>30</sup> VILLORO, “La tarea del historiador”, pp. 334-335. *Cursivas en el original.*

la conciencia los resortes que regulaban las observaciones del pasado constituía el reto de quienes las convertían en un objeto de intelección rigurosa y sistemática.<sup>31</sup>

A ese mismo principio se ajustaba el resto de las operaciones historiográficas. “Los documentos que deja el hombre a su paso –advirtió–, los testimonios de sus hechos externos, la suma de sus productos, sólo deben ser signos que interpretar, cifras que remitan a la vida operante que les dio un sentido”.<sup>32</sup> Las huellas del tiempo representaban, por consiguiente, un símbolo de la marcha por el mundo, cara visible de aquella otra, la invisible, en que se manifiestan los móviles de nuestras acciones. Erigido en un hermeneuta del ayer, al historiador incumbía leer e instaurar un orden en aquellos universos ya idos, concebidos como un entramado de significaciones cuya razón de ser se establecía en la interrelación entre el presente y el pasado. El carácter creador de la disciplina quedaba así de manifiesto, a la vez que se asentaba la inepticia de la voluntad positivista que, al pretender que los hechos hablaran por sí mismos, despojaba a la historia de su papel central en la vida de las personas y de su sociedad.

Reconocer, tal como había preconizado Edmundo O’Gorman desde los años cuarenta, que la tarea del historiador consiste en *crear* la inteligibilidad del acontecer humano, condensa, en su más alta expresión, las funciones que Villoro atribuyó a la disciplina. De tomar sus palabras con la seriedad requerida, los servicios que de este modo prestaba

---

<sup>31</sup> Esto no implica, desde luego, que al historiador competiera elaborar argumentaciones de corte teleológico, cuya importancia Villoro puso en duda en un artículo publicado en años posteriores. Véase a ese respecto VILLORO, “Sobre la explicación teleológica”.

<sup>32</sup> VILLORO, “La tarea del historiador”, p. 337.

a sus contemporáneos no eran menores, dado que, al recuperar las estructuras de sentido que sostienen y acompañan los hechos concretos, el inquisidor del pasado “establece una dimensión de nuestra propia situación y otorga un nuevo significado a cada una de nuestras acciones”.<sup>33</sup> Con ello, por lo menos dos necesidades elementales se veían satisfechas. Por una parte, se disolvían las apariencias de sinrazón ligadas a la mera sucesión de los días y, por la otra, se encuadraba la existencia unitaria en un “proceso colectivo que rebasa a los individuos”.<sup>34</sup> Ofrecer un proyecto vital y una comunidad de pertenencia constituían, por consiguiente, las aportaciones que la historia, en su vertiente integradora, podía brindar a su sociedad. Pero había más. En la medida en que se advierte que el acontecer histórico se desarrolla por obra de la actividad humana, éste pierde cualquier aspecto de fatalidad. Se entiende así que todo lo que fue pudo no ser o haber sido de otra forma y se restituye la naturaleza contingente inscrita en el devenir. Ahora bien, únicamente comprendiendo que la irreversibilidad y el determinismo son ilusiones producidas por efecto de una mirada retrospectiva, se despierta la voluntad de incidir en el presente, condición misma de la capacidad para imaginar y realizar futuros alternativos. De ahí que irrumpir en el curso de los acontecimientos e invitar a infundir un giro distinto a nuestro destino en común conforme a la vertiente revolucionaria, disruptiva, de la historia como disciplina. “Encender en el pasado la chispa de la esperanza”, según lo formuló en su momento Walter Benjamin,

---

<sup>33</sup> VILLORO, “La tarea del historiador”, p. 338.

<sup>34</sup> VILLORO, “El sentido de la historia”, p. 44.

representa, por ende, el potencial contenido en esa mirada que escruta las posibilidades del ayer.<sup>35</sup>

Hacia finales de los años ochenta, Jean Meyer concibió el proyecto de reunir un conjunto de ensayos en que varios de los más destacados historiadores e intelectuales mexicanos reflexionaran sobre su propia experiencia y concepción de la historia. En virtud de su provechosa trayectoria en beneficio de un saber que se juega entre el pasado y el presente, resulta natural que entre ellos figurara Luis Villoro. En las páginas que elaboró con ese fin, el filósofo hizo un recuento de algunas lecturas memorables, recordó ciertos pormenores de su actividad intelectual y, finalmente, especificó el hilo que había guiado el recorrido: el que entrelaza la filosofía y la historia. Deshilvanó entonces la trama de sus posibles correspondencias, mostrando el error de considerarlas hebras separadas y que los nudos eran sólo en apariencia excluyentes. Aunque no representaba un asunto menor, la trabazón no consistía únicamente en que el pensamiento y sus conceptos se expresaran y modificaran con el transcurso del tiempo. Más fundamental parecía que sólo en la interrelación de ambas disciplinas podía cumplirse su función crítica, se tratara de desmontar ideologías, de identificar el carácter socialmente condicionado de la intelección o de abrir el paso a racionalidades alternativas. Más aún, escribió,

[...] ir a lo concreto es plantear los problemas generales, permanentes, de toda filosofía, estudiando cómo se ejerce la razón en circunstancias históricas bien delimitadas. Se trataría de detectar los límites, contradicciones, dificultades con que tropieza la

---

<sup>35</sup> BENJAMIN, “Sobre el concepto de historia”, p. 40.

razón práctica cuando trata de guiar, en una circunstancia histórica particular, la acción humana.<sup>36</sup>

Al filo de su itinerario Villoro comprendió, por lo tanto, que la filosofía y la historia formulan, si no preguntas iguales, al menos complementarias, todas ellas esenciales para conducir reflexivamente nuestra vida individual y colectiva. Al fallecer, el pasado 5 de marzo, ese incansable cartaginés, siempre del lado de quienes han sido silenciados, nos dejó como legado una obra que es también un ejemplo de vida.<sup>37</sup> De ahí que sus palabras no puedan apagarse. Porque un diálogo auténtico no termina nunca.

#### REFERENCIAS

ÁVILA, Alfredo y María José GARRIDO ASPERÓ

“Temporalidad e independencia. El proceso ideológico de Luis Villoro medio siglo después”, en *Secuencia*, 63 (sep.- dic. 2005), pp. 77-96.

BENJAMIN, Walter

*Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México, Ítaca, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.

“Sobre el concepto de historia”, en BENJAMIN, 2008, pp. 31-59.

DARNTON, Robert

*El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

“Historia intelectual e historia cultural”, en DARNTON, 2010, pp. 203-235.

<sup>36</sup> Luis Villoro en MEYER, *Egohistorias*, p. 200.

<sup>37</sup> VILLORO, “Mi padre el cartaginés”.

FLORESCANO, Enrique

“Luis Villoro, historiador”, en GARZÓN VALDÉS y SALMERÓN, 1993, pp. 287-312.

GAOS, José

*Obras Completas IX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

“La decadencia”, en GAOS, 1992, pp. 477-482.

GARZÓN VALDÉS, Ernesto y Fernando SALMERÓN (eds.)

*Epistemología y cultura. En torno a la obra de Luis Villoro*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

HURTADO, Guillermo

*El Hiperión. Antología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.

MANNHEIM, Karl

*Ideología y utopía (introducción a la sociología del conocimiento)*, Madrid, Aguilar, 1958.

MEYER, Jean (coord.)

*Egohistorias. El amor a Clío*, México, Centre d'Études Mexicaines et Centroaméricaines, 1993.

NAVARRO, Bernabé

“La historización de nuestra filosofía”, en *Filosofía y Letras*, 36 (oct.-dic. 1949), pp. 263-280.

PEREYRA, Carlos *et al.*

*Historia, ¿para qué?*, México, Siglo Veintiuno editores, 1980.

PLATÓN

*Diálogos*, Madrid, EDAF, 2002.

SANTOS RUIZ, Ana

“Los hijos de los dioses. El Grupo Filosófico Hiperión y el Es-

tado mexicano: una aproximación a las construcciones identitarias y al nacionalismo posrevolucionario de mediados del siglo xx”, tesis de maestría en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

SARTRE, Jean-Paul

*El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada, 1983.

VILLORO, Juan

“Mi padre el cartaginés”, en *Orsai* (31 dic. 2010), en línea, [http://editorialorsai.com/revista/post/n1\\_villoro](http://editorialorsai.com/revista/post/n1_villoro)

VILLORO, Luis

*El proceso ideológico de la Revolución de Independencia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999.

*México entre libros. Pensadores del siglo XX*, México, El Colegio Nacional, Fondo de Cultura Económica, 1995.

“Emilio Uranga: Análisis del ser del mexicano”, en VILLORO, 1995, pp. 119-135.

*Los grandes momentos del indigenismo en México*, Secretaría de Educación Pública, 1987.

“El sentido de la historia”, en PEREYRA, 1980, pp. 35-52.

“Sobre la explicación teleológica en historia”, en *Revista de la Universidad de México*, 2-3 (oct.-nov. 1980), pp. 4-7.

“Historia de las ideas”, en *Historia Mexicana*, xv:2-3 (58-59) (oct. 1965-mar. 1966), pp. 161-195.

*Páginas filosóficas*, México, Cuadernos de la Facultad de filosofía, letras y ciencias, 1962.

“Motivos y justificación de la actitud filosófica”, en VILLORO, 1962, pp. 73-94.

“La tarea del historiador desde la perspectiva mexicana”, en *Historia Mexicana*, ix:3 (35) (ene.-mar. 1960), pp. 329-339.

“Hidalgo: violencia y libertad”, en *Historia Mexicana*, ii:2 (6) (oct.-dic. 1952), pp. 223-239.

